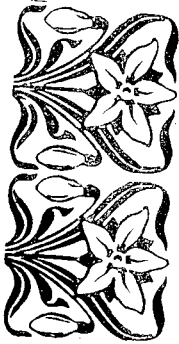


"Las cortezas del fruto", y Luis García Montero, "El jardín extranjero", que darán lugar a una nueva actitud, que se irá abriendo paso entre los escritores jóvenes del momento, de quienes, con sabia ironía, García Montero escribirá:



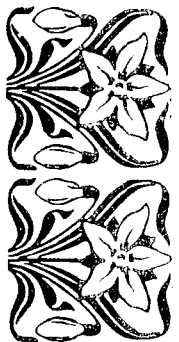
"Debiera no jugarse  
con su delicadeza,  
y espero que algún día  
los sepan respetar".

Y también:

"Todos han decidido  
que tienen que marcharse,  
abandonar por siempre  
este viejo país"

Hay, sí, en el presente momento poético español, y no sólo español, un decidido propósito de huida. ¿Hacia dónde, de qué, de quienes? Porque ¿qué es la vida? ¿cómo se logran los grandes ideales? Dice Luis Izquierdo que estos son "tiempos de indigencia", y Domingo F. Failde, en un exhaustivo y profundo prólogo al último libro de Manuel Naranjo, "Fábulas de entretiempo", recientemente publicado, insiste en que la poética de los ochenta es la del "desencanto de una era ingente que acaba de comenzar".

Y "esta hora de indigencia" apunta a un talante vital inédito, que están sacando adelante escritores de la "nueva sentimentalidad", nacidos todos alrededor de los cincuenta: Alvaro Salvador (1950), Antonio Prieto (1952), Javier Egea (1957) y Luis García Montero (1958), pero que publican en los años ochenta, aportando para esta época el aporte de elementos afectivos, tan poco presentes en nuestra poesía, y la visión de una realidad muy concreta que mueve, en gran parte, al disentimiento.



Propone Antonio Prieto:

"hablemos de la soledad  
de su helada batalla y su rastro de cipreses  
también de la luna y sus manos  
del desamparo de la primavera  
o de los espejos como polvo  
que inquietos guardan la espuma  
donde tus manos sufren"

"Sobre la Vida" es un poemario habitado todo él de preguntas por qué el amanecer es excesivamente grande en nuestras manos; por qué están llorando los jaroones del alba; si florecerá el sueño en otra tierra; por qué no hay arena en qué escribir nuestros nombres; por qué pasan fríos los sábados y su canción amarga; o si es tarde quizá para buscar esa música desolada que fuimos, etc, etc.

Excelente escrito, construido con una sinceridad lírica apretada de hallazgos poéticos, el libro de Antonio Prieto Núñez constituye una formidable aportación a la poesía más última, que, a mi juicio, pretende hacernos ver que andar en poesía es un hermoso y necesario oficio consistente en lograr hacer la vida más habitable desde el amor. Todas las demás opciones han fracasado escandalosamente.

Cuando es tan cruel la caída de las hojas, o las olas de octubre finalizan el tiempo de un espejo vaciándose, y una piel de color último se entreevee por la tarde, no queda otro apoyo que el de la ternura esperanzada. Porque, a los poetas de estas hornadas, acaso se les haya concedido todo o casi, menos el afecto auténtico, el verdadero ideal de ser, y la ternura como el único medio que nos queda para llegar a tiempo.